



GEDEON

Gedeón podría salvarnos de este acedoso ambiente de tontería rancia y vulgar. No Gedeón el hijo de Joas Abiecerita, a quien el ángel del Señor, que se había sentado debajo de la encina de Ofra, se le apareció cuando estaba aquí aechando el trigo en el lagar para esconderlo de los madianitas y le saludó, precediendo al Señor, el cual, mirando a Gedeón, le dijo que salvaría a Israel de mano de los madianitas («juces», VI, 11-14). No es este Gedeón ni es de los madianitas de quienes ha de tener que salvarnos.

Tampoco es el Gedeón contrahecho que se limita a repetir las tonterías que ruedan por las plazuelas y los cafés, el Gedeón de los bolmos, las cosquillas y los camelos. El Gedeón que ha de salvarnos de la ramplonería ambiente es el que inventa tonterías nuevas, verdaderamente nuevas. Porque el inventar una tontería arguye genialidad original.

Un día decíame un padre, hablándome de su hijo: «Si supiera usted qué talento tiene mi hijo...» «¿Talento su hijo de usted?», no pude menos que replicarle. Y él añadió: «Sí, tiene un gran talento para inventar tonterías.» Y luego pensé que, en efecto, hace falta bastante talento para inventar tonterías. Para lo que no es menester tenerlo es para repetir las. Como que la tontería no empieza a serlo de veras sino cuando es repetida.

Y al sentirme hundido hasta el gañote en la charca muerta de viejas tonterías, de tonterías seculares y estancadas con que nos anogan la vida, suspiro por Gedeón, el ideal modelo de los inventores de tonterías. Ya que hemos de vivir, como las tencas, en la charca, que nos renueven el agua de ella. O que la remuevan, por lo menos, para que suba el légame del fondo. Y si no, que nos la morden.

Porque no es lo triste el que se oiga y se sea tanta tontería; lo que da desgana de vivir es que esas tonterías que se oyen y se leen son las mismas de ayer y de anteayer, son las mismas de siete y setenta veces siete generaciones atrás. Hay quien, como aquel loro de Maipuri, de que nos hablaba Humboldt en su «Cosmos», el loro centenario que en un miserable lugarejo del interior de América repetía un verso en la muerta lengua de una tribu desaparecida, repite, en lengua muerta también, las tonterías sin sentido alguno, ni siquiera un sentido tonto, de generaciones que dejaron, con la vida, de pensar. La rorica papagayesca de esos loros de Maipuri corresponde al contenido de las vaciedades, más que tonterías, que picotean. Nos hace, pues, falta Gedeón, renovador de tonterías. Nos hace falta tonterías nuevas.

Todo lo nuevo, solo por ser nuevo, es decir, por ser otro, es mejor. El progreso estriba en la integración de lo diferente. Pero es menester lo diferente. No preguntéis si mejor o peor; si es de veras diferente, basta; pero de veras, ¿eh? Con doce cuerpos simples cabe hacer muchas más combinaciones que con once, y haría la Humanidad si a la consumación de los siglos, cuando llegue el fin del mundo, lograra, con su industria, forjar un nuevo cuerpo simple, un elemento químico más, pues con ello podría iniciarse el desarrollo de otro mundo más complicado en or-

ganización que éste. Que nos envíe el Señor un Gedeón que ponga en curso unas cuantas gedeonadas nuevas.

¿Pero es que realmente son los tontos los que inventan las tonterías que repiten? Parece que no, sino más bien que las grandes tonterías han salido de los grandes pensadores y filósofos. Y así tiene que ser.

Hay un dicho vulgar, regocijo y consuelo del número infinito de los tontos, que dice cómo no hay tontería que no haya sido dicha por algún sabio, o no sé bien si que no hay sabio que no haya soltado alguna solemne tontería. Y Guillermo James, refiriéndose a esto, escribía que las buenas y las malas ocurrencias, las hipótesis triunfantes y los absurdos disparates, están en una exacta igualdad respecto a su origen, y que la absurda física de Aristóteles y su lógica inmortal fluyen de la misma fuente, y las fuerzas que producen la una producen también la otra. O lo que es lo mismo: que no hay más modo de dar una vez en el clavo que dar ciento en la herradura. Y el que por no dar ciento en la herradura deja de martillar, tampoco da la del clavo.

A lo que se nos dirá, acaso, que una cosa es equivocarse y anunciar hipótesis o teorías falsatinadas y otra cosa es decir tonterías. Pero no vemos bien la diferencia. Toda tontería original, fresca, ingeniosa, de primera mano, es una hipótesis o una teoría. Las que no son ni hipótesis ni teorías, ni buenas ni malas, ni acertadas ni erróneas, son las tonterías que repiten los tontos. Es más aun; en boca del tonto hasta los axiomas y los principios más comprobados no son más que tonterías, cosas muertas. El principio de la relatividad de todo conocimiento es un profundo y exacto principio filosófico; pero yo conocí un tonto—absoluto y constitucional a la vez, pues estas dos cualidades son perfectamente compatibles en la tontuna—que tenía por esribillo esta sentencia: «En este mundo todo es relativo.» Hasta que un día no pude ya contenerme, y ante su ofensiva insistencia en soltarme a cada paso su aforismo, el espeté a bocajarro esta paradoja: «¿Y la relatividad no es también relativa?» El tonto sonrió con suficiencia, con una sonrisa altanera, que es lo que hacen los tontos ante una paradoja que no han logrado todavía convertir en tontería. Pues en cuanto la cogen y la repiten hétela ya hecha tontería.

El Evangelio abunda en paradojas; pero en boca de los tontos, cuyo principio fundamental es que no se debe exagerar nada, esas paradojas se han degradado a lugares comunes; es decir, a tonterías. Y en boca de los más de los que las repiten, sentencias tales como que quien quiera salvar su alma la perderá, o que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja, o que para seguir al Cristo hay que odiar a los padres, a los hermanos y a la mujer propia, no son más que tonterías.

En el mismo pasaje en que James, el filósofo norteamericano, decía lo susodicho de Aristóteles, recordaba las frases de Schopenhauer respecto a la estirada seriedad de los perros y los caballos. Y esto de la seriedad de los tontos es ya proverbial: Como que el más grande tonto es el que se muere sin haber dicho ni hecho tontería alguna, es decir, sin haberlas inventado. Es precisamente la característica del tonto: su incapacidad para inventar las tonterías de que se sirve. Cuando el tonto, púestose a inventar una



Gedeón



GEDEON

tontería, es dice solemnemente: «Entiendo yo que...»—fórmula muy del gusto de los tontos—, podéis jurar que enuncia una necesidad que entienden lo mismo que él todos los demás tontos que forman el infinito número de ellos. Porque el tonto no puede decir «yo» sin ponerse en ridículo. El tonto no puede decir más que «nosotros». Y por eso donde termina la tontería del tonto es cuando éste

pretende ser individualista. Y de aquí que la tontería de los tontos anarquistas sea mucho más tonta que la de los tontos autoritarios y conservadores, aunque ésta es muchísimo más corriente y frecuente. Como que en general, y salvo, claro está, excepciones, el tonto propende a conservador, ya que la doctrina de éstos es intelectualmente la más barata y cómoda, la que menos esfuerzo mental exige. Por lo cual se justifica acaso, siquiera en parte, aquella terrible frase de Carducci de que los conservadores de todos los tiempos son desvergonzadamente ramplones, «svergognatamente triviali». Dejando de lado, por supuesto, la relación que la trivialidad, o sea la ramplonería, la que sólo vive del llamado sentido común, depósito de todas las tonterías, tenga con la moral. Lo de sí el tonto, en cuanto tal, es o no moralmente bueno, es ya otra cuestión.

Papini escribía (véase su libro «Maschilità») estas notables palabras: «Que haya tan pocos hombres que se esfuerzen por ser genios, en serio, me da lástima.» Me ocurre en esto lo que a Papini; también me da pena que haya tan pocos hombres que se esfuerzen por llegar a la genialidad. Porque un tonto que se esfuerce en ser genial se hará cada vez más tonto y acabará por destruir su propia tontería mediante la reducción al absurdo. Será como un suicidio de su tontuna. Un tonto que perdiendo el sentido común se llena de presunción y se cree genio—lo cual no es lo mismo que fingir creerse tal, astucia o estratagemas defensiva de que se sirven los tontos mucho—acaba en loco. Y esta es su redención. Porque entonces ya se le recluye o no se le hace caso alguno, ni por parte de los demás tontos. Ya que entre éstos hay un gran tacto de codos.

Hagó votos, pues, porque descienda a nuestra amada patria Gedeón, el verdadero, no el hijo de Joas el abiecerita, pero tampoco el otro, el contrahecho, el que pone en circulación colmos, camelos, chistes de almanaque y cosquillas, sino el Gedeón inventor de tonterías nuevas, a ver si logra aventar el cataclismo de tonterías viejas que nos ahoga en esta charca de mero sentido común.

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES